

formó un clero virtuoso y sabio que supo transmitirnos sus hechos, sus escritos y heroicidades con las actas de su martirio; que allí tuvo tiempo para dedicarse á la enseñanza científica de verdades importantes á la religion, en escritos que han llegado hasta nosotros; y que allí celebraba diariamente el divino sacrificio, y alimentaba su alma pura y las de los fieles con el pan de vida. Los presbíteros y diáconos de Acaya tuvieron gran cuidado de conservar y remitir á la posteridad íntegros y exactos estos hechos, escritos y noticias, de suerte que hayan podido verse todavía en época reciente, segun nos lo refiere el eminentísimo Lambruschini, secretario de estado del difunto pontífice Gregorio XVI. Estos servicios prestados por el apóstol san Andres, y estos tan singulares méritos contraídos, son ciertos, constantes y positivos, no dan lugar á conjeturas, como otros que naturalmente se desprenden de hechos ménos calificados. Y sabéd, católicos, que san Andres defendió la immaculada concepcion de María santísima, nuestra señora, y nos dejó sus razonamientos concluyentes consignados con su apostólica autoridad en sus escritos; que importa tanto como decirnos que este adorable misterio se creía y enseñaba por los apóstoles, y su decision es de tradicion apostólica.

Pero despues de tantos méritos y trabajos, el Señor tenia dispuesto darle el premio merecido; mas de una manera altamente ejemplar y gloriosa, de una manera que acreditase tambien la verdad de su doctrina, la gloria siempre triunfante de su Religion, y la imitacion exacta y puntual con que este su digno discípulo le habia seguido. Habiendo el santo convertido en Patrás y en toda la Acaya la mayor parte de sus habitantes, y viendo que el procónsul Egeas intentaba impedirle su predicacion, se dirigió á él con el intento de hacerle ver á cuánto mal se exponia en la vida eterna el que, siendo juez de los demas en esta, ilusionado por el demonio, no queria conocer á Dios por juez supremo. No pudiendo resistir Egeas la fuerza de tan lógico raciocinio, echó mano del arma embotada y enmohecida de los impíos, que no tienen ni ciencia, ni justicia, ni razon; es decir, de la burla y de la violencia fiera y fuerza brutal. « Déjate pues de hablarme de Dios, ni de Jesucristo, le dijo: ya sabes que á él no le aprovecharon semejantes palabras para no ser crucificado por los judíos. » Sin embargo el apóstol sigue libremente predicando de Jesucristo; y haciéndole ver

que se habia ofrecido gustoso á la muerte de cruz por conseguir la salud del género humano, el ciego y engañado procónsul le interpela con la impía pregunta de si se presta á sacrificar á los dioses, y hasta llega á rogarle que lo haga, con sacrilega y malvada hipocresía, como compadecido de él por evitarle una desgracia. Pero Andres lleno del espíritu de Dios, con decidido valor le responde: « yo sacrifico todos los dias sobre el ara del altar al Dios omnipotente, que es solo el Dios verdadero; y le sacrifico, no la carne de los toros, ni la sangre de los cabritos, sino el Cordero immaculado; cuya carne divina, aun despues que todo el pueblo de los creyentes la ha comido, el Cordero que fué sacrificado, permanece íntegro y vivo. »

Encendido en cólera Egeas, manda que le encierren en la cárcel; pero no sin exposicion de un motin contra su propia vida. El pueblo amaba al santo apóstol, porque veía su pureza de vida y la justicia de su causa, y quiso impedir su prision; y de cierto lo hubiera conseguido, si el mismo santo no los hubiese pacificado, rogándoles encarecidamente no se opusiesen á la corona de su martirio, hácia la cual él marchaba alegre y tranquilo.

Así pues llevado á poco el santo ante el tribunal, volvió de nuevo á ensalazar allí los misterios de la cruz, y á reprender á Egeas su impiedad. Este, no pudiendo sufrir el peso de tan vehemente sermon, mando que al santo se le crucificase tambien, para que imitase á Jesucristo. Por cierto que con esta sentencia no habia podido mandar una cosa mas al gusto del santo. Era lo que él deseaba, lo que queria, lo que toda su vida estaba buscando. En prueba de ello apenas llegó Andres al lugar del martirio, al ver á lo léjos la cruz que le tenian preparada, su alma enardecida como la del diácono Estéban, que veía por entre la nube de piedras que sobre él arrojaban, los cielos abiertos para recibirle y al Hijo del hombre en pié á la diestra de la virtud de Dios, Andres alborozado, cual si se le preparase un triunfo superior al de los césares y conquistadores, ó como si hallase en ella el colmo de sus deseos, el complemento de sus dichas, levanta su voz enajenado de placer, absorto de alegría, poseído de espiritual entusiasmo, y dice: « ¡Salve, cruz preciosa! Yo te saludo, ó buena cruz, por largo tiempo deseada, solícitamente amada, sin intermision buscada! ¡Salve ó tú que recibiste el honor, el decoro y la gloria de los miembros de mi

Señor Jesucristo! Recíbeme de los hombres, y vuélveme á juntar con mi amado maestro; recíbame por tu medio aquel que muriendo por tí me redimió.»

¿Y no fué esta una completa y gloriosa ovacion, un triunfo señalado de su virtud y doctrina? No, á Andres no le perseguia el pueblo, no le aborrecia la multitud; al contrario le adoraban, le querian, lloraban por él y con él; por él, porque se le ausentaba; con él, porque deseaban acompañarle en su glorioso triunfo. Tal era el fondo de fe y sólida piedad que en ellos habia él fomentado. Bien pudiera decirse de este santo apóstol lo que Isaías profetizó de su divino maestro, aunque por otros motivos: «se ofreció porque quiso;» Jesus, si hubiera querido no morir á manos de los judíos, pudiera haber rogado á su eterno Padre, y le hubiera enviado en su defensa mas de doce legiones de ángeles; y san Andres si hubiera levantado su voz pidiendo auxilio, si hubiera hecho una señal siquiera, el pueblo cristiano de Patrás se hubiera lanzado todo como un solo hombre en su defensa contra Egeas y sus satélites; pero Andres queria triunfar por los medios que Jesucristo, muriendo, no matando; porque en todo y por todo queria seguir é imitar á Jesucristo. ¡Qué bella leccion para los cristianos! ¡Pero y cuántas no nos ha dejado este distinguidísimo discípulo de Cristo!

Puesto en la cruz, y pendiente en ella por espacio de dos dias vivo y valiente, no cesó un solo instante de predicar la fe de Jesucristo, como lo habia hecho el mismo Señor, cuya semejanza tanto habia deseado; y desde allí voló su alma pura al seno de su Dios. Los presbíteros y diáconos de Acaya así lo refirieron todos y nos lo dejaron escrito, afirmando que habian sido de todo testigos presenciales: que habian visto sus hechos y oído sus palabras.

Ved como la cruz de san Andres fué la cátedra de un maestro sapientísimo y celoso, que desde ella muriendo daba á sus discípulos importantes lecciones; ved como hasta en este punto fué un perfecto imitador de su maestro Jesus: pero ved en toda su vida las singularidades preciosas que le elevaron siempre á un rango superior y distinguido entre los demas discípulos de Cristo. Él le siguió ántes que todos, al tiempo que todos, y despues que todos; él le siguió cuando los demas no le conocian, cuando le conocieron y despues de conocerle; él le siguió en la oscuridad, en la predicacion, en la vida y en la muerte; él

hevo con Jesus la cruz, predicó su cruz y murió en su cruz.

La fe de san Andres no tuvo igual en el mérito de su antigüedad, en los efectos útiles y prodigiosos para la Iglesia y el mundo, en su firmeza, en su constancia y en su valor. El celo de Andres por la gloria de su Dios y por la salvacion de las almas está acreditado con tantos y tan distinguidos y preciosos testimonios, que difícilmente se podrán aducir semejantes de ninguno. Su amor á Jesucristo fué como un volcan de fuego, encerrado en su generoso corazon, cuya actividad y vehemencia se desarrollaba con mas poder cuanto mayores obstáculos se le oponian. El fruto copioso y bendito que producía este amor, este celo, esta su laboriosidad y decision, redundó siempre en honor y gloria de su maestro y en utilidad conocida, todavía patente y viva á favor de las gentes. ¿Quién como él siguió á su maestro, auxilió á su maestro, imitó á su maestro, amó á su maestro y vivió y murió como su maestro? ¿Quién trabajó como él, recorrió mas países que él y le ganó mas almas? ¿Quién mas celoso, mas enamorado, mas fiel, mas firme discípulo y apóstol de Jesucristo? La Judea, la Galilea, Tiberiades y el Jordán lo podrán decir durante la predicacion, y ántes y despues de la predicacion de Jesucristo. Jerusalem, el Asia, la Europa, la Grecia, el Levante, el Archipiélago, la Tracia, el Mar Negro y Constantinopla, y sobre todo la Acaya y Patrás lo dirán despues de la muerte, resurreccion y ascension de Jesucristo, despues de la venida del Espíritu santo, despues de la dispersion de los apóstoles, y durante su mision y su apostolado. Hasta sus enemigos y los enemigos de Cristo lo dirán; sí, lo dirá Neron y Egeas, y sus satélites, ministros y verdugos: y si de vergüenza y oprobio no lo dicen ellos, lo dirán los discípulos que dejó en todas partes, las iglesias que fundó y los obispos que le han ido sucediendo desde entónces hasta hoy; y lo dirá el rango de sus sillas en la categoría eclesiástica, y lo dirá la Iglesia griega y latina, y la historia y sus mismos escritos, y los presbíteros y diáconos que ordenó, que enseñó y á quienes trasmitió su fe, su erudicion, su doctrina y su celo: lo dirán... ¡Pero á dónde voy yo, si yo mismo lo he dicho y probado?

He dicho que uno de los dos discípulos que habian oído del Bautista la divinidad de Jesucristo, y le habian seguido, era Andres hermano de Simon Pedro: que lo dijo él tambien á su hermano y le presentó al Señor: que le fué inseparable durante

su vida, y que le predicó á las gentes y le imitó en su muerte, porque le siguió siempre: *unus ex duobus, qui audierant à Joanne, et secuti fuerant eum, erat Andreas frater Simonis Petri, et dicit ei, et adduxit eum ad Jesum.*

Aquí hubiera yo concluido ya, si nada tuviera el pueblo cristiano que saber, sino la relacion historial de la vida y hechos portentosos de este santo apóstol; pero eso seria puramente darle una instruccion humana, sin otro fruto que el que produjese en su imaginacion la historia de César, Carlo-Magno ó Pompeyo. Mas no es ese solo el grande objeto para el cual la santa Iglesia celebra la festividad de los santos, y principalmente las de nuestros Padres en la fe, que son los santos apóstoles, que como columnas robustas y firmes apoyadas en la piedra angular, Cristo Jesus, forman el majestuoso edificio de la misma Iglesia, á la que nosotros hemos venido tambien á constituir una parte, como piedras vivas, segun dice san Pablo. Su objeto principalísimo es el presentar á nuestra vista el ejemplo vivo de sus heróicas virtudes, en las que, como en espejo clarísimo y terso, nos miremos, y hagamos un paralelo y comparacion escrupulosa con las nuestras, hasta amoldarnos á ellas, y reprendernos á nosotros mismos, y avergonzarnos, si es que no sale igual el cotejo, hasta llegar á la enmienda y correccion de la vida.

Así pues á la vista tenéis el héroe cristiano, cuya imitacion se nos propone; y si vale decirlo, la proporcion en que nosotros nos encontramos para hacer lo que él hizo es mas aventajada que la suya. Él siguió á Jesucristo, dice san Juan Crisóstomo, cuando aún no le habia visto hacer ningun milagro, cuando aún no se habia consumado el misterio de la cruz, cuando todavia no se le habia infundido en su corazon la gracia del Espíritu santo; pero nosotros lo hemos visto todo y todo está ya hecho y consumado; y ademas tenemos la proteccion y el ejemplo suyo. Él siguió á Jesucristo ántes que le llamara y despues de haberle llamado; á nosotros nos llama y no le seguimos: él lo dejó todo para ir á sufrir privaciones, trabajos, persecuciones y martirios; nosotros no dejamos nada, á pesar de que en el día por seguir al Señor y abandonar el mundo no tendríamos que arrostar tantos peligros: él no vaciló nunca en su fe, en su amor á Jesucristo; y nosotros, cuando mas, tenemos una fe muerta y sin buenas obras, y un amor de Dios frio y de meras palabras. El dió en fin su vida alegre y contento en una

cruz, imitando á su maestro; y nosotros ninguna mortificacion, ninguna incomodidad queremos sufrir, y cuando viene alguna sobre nosotros y nos es inevitable, faltamos de paciencia, conformidad y resignacion, en lugar de alegrarnos porque se nos depare aquella oportunidad de padecer algo por Jesucristo.

Señores, el santo apóstol con su fe, con su amor de Dios, con su celo por la salvacion de las almas nos enseña; y tambien nos reprenderá ante el Juicio divino, porque no le imitamos. Su glorioso entusiasmo ante la cruz que le preparaban, condena y condenará nuestro tedio á las aflicciones, nuestra repugnancia á padecer por aquel Señor que murió por todos en una cruz. Su predicacion y sus virtudes, si no las aprendemos, guardamos fielmente é imitamos, serán ante Dios inexorables acusadores y testigos intachables contra nosotros. Ved por último á san Andres, y veos á vosotros: despues comparad.

Pero santo apóstol de Jesucristo, fiel discípulo suyo y maestro de los cristianos, ¿no han de servir de nada vuestros grandes méritos, vuestras asombrosas virtudes y vuestra poderosa proteccion? Yo creo, á no dudarlo, que podéis mucho con el Señor; que sois su grande confidente y amigo; porque le seguisteis el primero, le hicisteis importantes servicios, no le abandonasteis nunca, y siempre le fuisteis fiel: así, santo mio, pídele por nosotros, porque nos conceda la indispensable firmeza en la fe, el fuego ardiente de su divino amor, la fidelidad á su santa ley, y el valor y esfuerzo necesarios para defenderla, y si fuese preciso y conveniente, padecer, como tú, y morir en una cruz por él. Tú, apóstol distinguido y privilegiado, fuiste el primero en seguirle y trabajaste mas que todos con la gracia de Dios, sé tambien el primero que nos defienda del demonio, de la impiedad y males del mundo, y el que mas trabaje para que entre nosotros se conserve la fe, la doctrina evangélica y las virtudes que nos enseñaste. Ruega á la majestad suprema de Dios (concluiré con la Iglesia) para que así como fuiste en la tierra su perpetuo predicador y apóstol, seas en el cielo nuestro perpetuo intercesor; y dirigiéndonos durante la vida en pos de Jesucristo, como tú supiste ir siempre, venzamos al mundo, al demonio y las pasiones, y lleguemos á gozar contigo abrazados con la cruz, el premio eterno de la gloria. Amen.